

AMÉRICA, HEMISFERIO DE LA PAZ

SOLUCION INTEGRAL DEL PROBLEMA DEL PACIFICO

(Versión taquigráfica de la Conferencia pronunciada el 20 de
Agosto de 1929, en la Facultad de Derecho y Ciencias
Sociales de la Universidad de Buenos Aires)

POR EL

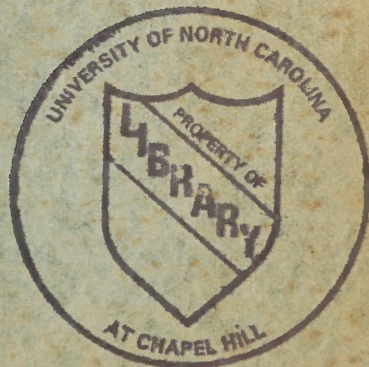
DR. DANIEL ANTOKOLETZ

Profesor de Derecho Internacional Público



BUENOS AIRES
IMPRENTA LOPEZ
PERU 666

1929



AMÉRICA, HEMISFERIO DE LA PAZ

*C
que*

SOLUCION INTEGRAL DEL PROBLEMA DEL PACIFICO

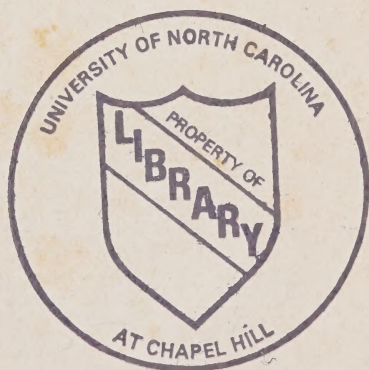
(Versión taquigráfica de la Conferencia pronunciada el 20 de
Agosto de 1929, en la Facultad de Derecho y Ciencias
Sociales de la Universidad de Buenos Aires)

POR EL

DR. DANIEL ANTOKOLETZ

Profesor de Derecho Internacional Público

*F3097.3
A58
1929*



BUENOS AIRES
IMPRENTA LOPEZ
PERU 666
1929

PUBLICACIONES DEL MISMO AUTOR

LIBROS:

- La doctrine de Monroë et l'Amérique Latine, 1905.
Anuario del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, 1908.
Histoire de la diplomatie argentine, Tomo Iº, 1914.
La Liga de las Naciones y la Primera Asamblea de Ginebra, 1921.
Tratado de derecho internacional público, 2 Tomos, 1924-1925 (segunda edición en 3 Tomos, 1928).
Elementos de derecho constitucional y administrativo argentinos, 1926.
Manual teórico y práctico de la Liga de las Naciones, 1926.
Curso de legislación del trabajo, 2 Tomos, 1927.
Manual diplomático y consular para uso de los aspirantes y funcionarios de ambas carreras, 1927.
Compendio de instrucción y moral cívica y nociones generales de derecho, 1928.
Principios de introducción al derecho, 1928.
Historia del derecho argentino (derecho castellano, derecho indígena, derecho indiano, derecho argentino), 2 Tomos, 1929.

FOLLETOS:

- Quelques renseignements sur la République Argentine, 1911.
La neutralización del Estrecho de Magallanes, 1916.
El hundimiento de buques mercantes por submarinos ante el derecho internacional, 1916.
La condición jurídica de los cónsules extranjeros en la República Argentina, a falta de tratados, 1920.
Liga de las Naciones, Corte Permanente de Justicia Internacional, Desarme, 1922.

ARTICULOS:

- La responsabilidad internacional del Estado (Revista de Derecho, Historia y Letras, 1907, T. 28, pág. 307).
Los límites de Bolivia y la Argentina (Revista Diplomática y Consular Argentina, Abril a Julio de 1916).
La protección de la Iglesia Católica (El Derecho, Enero y Febrero de 1926).
El problema de la reorganización del Consejo de la Liga de las Naciones (El Derecho, Marzo y Abril de 1926).

Señores Ministros,

Señores Académicos,

Señores Profesores,

Mis estimados discípulos,

Señoras y Señores:

América, hemisferio de la paz

Esta expresión de "América, hemisferio de la paz", no es mía; pertenece al ex Secretario de Estado de los Estados Unidos de América, Mr. Charles Evans Hughes, quien califica así a nuestro Continente en una de sus obras recientemente distribuidas en edición castellana ⁽¹⁾.

Se funda Mr. Hughes en los múltiples asuntos internacionales que las repúblicas americanas resolvieron por los medios pacíficos, especialmente en el primer tercio del siglo XX: arreglos centroamericanos de 1907 y 1923; solución de las cuestiones de límites entre Colombia, Perú y Brasil; de los límites de Costa Rica con Panamá, de Costa Rica con Gran Bretaña en Tinoco, de Bolivia con la República Argentina. Mr. Hughes señala complacido la multiplicación sorprendente de los tratados de arbitraje, celebrados por los países de este Continente entre sí o con potencias extracontinentales, cuyo número pasa ya de 250.

⁽¹⁾ **Charles Evans Hughes**, *Relaciones de los Estados Unidos con las otras naciones del hemisferio occidental*, 1929, página 78.

A este cuadro, tan auspicioso para la paz de América y del mundo en general, cabe añadir el pacto Briand-Kellogg contra las guerras y los Tratados Panamericanos de Arbitraje y Conciliación firmados en la última Conferencia de Wáshington. Debe mencionarse también la Comisión de Conciliación e Investigación que tiene a estudio el incidente boliviano-paraguayo relativo al Chaco Boreal. ⁽¹⁾ Pero el gran acontecimiento del día es, sin duda alguna, la solución de la llamada "Cuestión del Pacífico" o del problema de Tacna y Arica, por Chile y Perú, gracias a los Buenos Oficios del Presidente de los Estados Unidos.

Satisfacción general por la solución del litigio de Tacna y Arica

La solución del litigio de Tacna y Arica fué acogida con júbilo en todos los ámbitos de América. Chile y Perú, al dar un corte honorable al viejo pleito del Pacífico, después que la impracticabilidad del plebiscito casi hace naufragar los prestigios del arbitraje, son acreedores al aplauso general. No fué menos digna la actitud del Presidente de los Estados Unidos, quien supo orillar las dificultades derivadas del incumplimiento de su propio fallo y encaminar este asunto tan quisquilloso para las susceptibilidades patrióticas de varias generaciones chilenas y peruanas, hacia un fin rápido y ventajoso para ambas partes.

En qué consiste el arreglo chileno-peruano

El arreglo chileno-peruano comprende — como se sabe — un Tratado principal y un Protocolo complementario, firmados ambos el 3 de Junio de 1929.

a) Por el Tratado principal, queda definitivamente resuelta la controversia originada por el artículo tercero del Tra-

⁽¹⁾ Acaba de solucionarse satisfactoriamente. — (Nota del Editor).

tado de Paz y Amistad de 20 de Octubre de 1883. El territorio de Tacna y Arica se divide en dos partes: Tacna para el Perú y Arica para Chile, debiendo la nueva línea divisoria partir de un punto de la costa que se denomina Concordia, distante diez kilómetros al norte del puente del río Lluta, para seguir hacia el oriente paralela a la vía de la sección chilena del ferrocarril de Arica a La Paz y distante diez kilómetros de ella, dejando en territorio chileno las azufreras del Tacora y sus dependencias, pasando luego por el centro de la Laguna Blanca. Chile cede a favor del Perú los canales de Uchusuma y del Mauri llamado también Azucarero, sin perjuicio de la soberanía que le corresponderá sobre la parte de dichos acueductos que queden en territorio chileno, en cuya parte habrá una servidumbre en favor del Perú. Para el servicio del Perú, el gobierno de Chile construirá a su costa, dentro de los 1575 metros de la bahía de Arica, un malecón de atraque para vapores de calado, un edificio para la agencia aduanera peruana, y una estación terminal para el ferrocarril a Tacna; establecimientos y zonas donde el comercio de tránsito del Perú gozará de la independencia propia del más amplio puerto libre. Chile entregará al Perú, una suma de seis millones de dólares, y además, sin costo alguno para Perú, todas las obras públicas ya ejecutadas o en construcción y bienes raíces de propiedad fiscal marcadas en los territorios que, conforme a este arreglo, quedan bajo la soberanía peruana. Será respetada, entre otros derechos privados, la concesión otorgada por el gobierno del Perú a la empresa del ferrocarril de Arica a Tacna en 1852, conforme a lo cual dicho ferrocarril al término del contrato pasará a ser propiedad del Perú. Sin perjuicio de la soberanía que le corresponde ejercer, Chile constituye, a perpetuidad, en la parte que la línea atraviesa su territorio, el derecho de servidumbre del Perú. Comprométense ambos países a celebrar un convenio de policía fronteriza para la seguridad pública en los territorios adyacentes a la línea divisoria. Los hijos de los peruanos nacidos en Arica se considerarán peruanos hasta los 21 años, edad en que podrán optar por su nacionalidad definitiva; y los hijos de chilenos,

nacidos en Tacna, tendrán el mismo derecho. Para conmemorar la consolidación de sus relaciones de amistad, Chile y Perú erigirán un monumento simbólico.

b) El Protocolo complementario dice, en su artículo 1º: “Los gobiernos de Chile y del Perú no podrán, sin previo acuerdo entre ellos, ceder a una tercera potencia la totalidad o parte de los territorios que, en conformidad al Tratado de esta misma fecha, quedan bajo sus respectivas soberanías, ni podrán sin ese requisito construir al través de ellos nuevas líneas férreas internacionales”. El artículo 2º aclara que las facilidades de puerto en Arica en favor del Perú consistirán en el más absoluto libre tránsito de personas, mercaderías y armamentos al territorio peruano y desde éste al través del territorio chileno. Finalmente, el artículo 3º dice que “el Morro de Arica será desartillado y el gobierno de Chile construirá a su costo el monumento convenido por el artículo 11 del Tratado”.

Alcance del Protocolo complementario

Al principio se creyó que el Protocolo complementario era de índole secreta, pero al efectuarse el canje de las ratificaciones se dió a la publicidad. El gobierno de Bolivia en una reciente circular, opuso reservas a dicho Protocolo en la parte en que pudiera afectar sus aspiraciones de recuperar la salida al Pacífico.

Con excepción de esta reserva boliviana, no se oyen por todas partes más que voces de satisfacción por la feliz solución del conflicto de Tacna y Arica. El Director de la Unión Panamericana, Mr. Rowe, opina que la solución de la controversia de Tacna y Arica “inicia una nueva era en las relaciones entre los países de la costa occidental de la América del Sud”. Mr. Kellogg, el ex Secretario de Estado norteamericano que tan lucida participación tuvo en las negociaciones, dijo que el convenio chileno-peruano “es un hecho notable en la historia de la diplomacia sudamericana, y un ejemplo para el mundo entero”.

¿Cuál es el alcance del Protocolo?

Tengo la impresión de que en él no ha intervenido para nada el mediador norteamericano, sino que lo suscribieron Chile y Perú por cuenta propia, el mismo día en que firmaron el Tratado principal. La abstención del Presidente Hoover, en la elaboración del Protocolo se traduce en su nota de 15 de Mayo de 1929 por la que remitió las bases del arreglo, ya convenidas por ambas partes. Dice la nota de referencia: "La proposición no debe interpretarse como indicando que el Presidente o el Gobierno de los Estados Unidos de América expresa una opinión o punto de vista, o hace cualquier sugestión relativa a la *futura disposición por cualquiera de las partes de la porción del territorio en disputa que quedará en su posesión*, si la proposición inclusa fuere aceptada por los gobiernos del Perú y de Chile" (1).

En realidad, el Protocolo no prohíbe a Chile o al Perú hacer una cesión de territorio en favor de un tercer Estado: lo único que exige es el acuerdo previo del otro contratante; vale decir, que toda negociación futura con una tercera potencia, habrá de ser tripartita, si afectare en algo la transacción estipulada por el Tratado de 3 de Junio de 1929.

Esta exigencia me parece ser una consecuencia lógica de los antecedentes del problema del Pacífico, que siempre involucró a tres Estados (Chile, Perú y Bolivia), y no a dos solamente. Además, es una precaución natural dimanada de los recientes arreglos, en que cada parte se reservó derechos en la zona adjudicada a la parte contraria: desmantelamiento del Morro de Arica; libre tránsito; malecón, aduana y estación en la bahía de Arica, etc. Mediante el Protocolo, las partes contratantes han querido probablemente precaverse contra toda cesión que pudiera afectar esos derechos reservados. Tal podría ser la explicación lógica y natural, sin necesidad de buscar otros móviles.

(1) Boletín de la Unión Panamericana, Agosto de 1929.

Por qué Bolivia opone reservas al Protocolo

¿Por qué Bolivia opone reservas a la solución dada por Chile y Perú a la cuestión de Tacna y Arica? ¿No ha quedado integralmente finiquitado el problema del Pacífico?

Bolivia ha afirmado repetidas veces que ella es parte en la liquidación diplomática de la guerra del Pacífico en la que luchó al lado del Perú en contra de Chile. Dice Bolivia que, si los recientes arreglos zanjaron las dificultades territoriales de Chile con el Perú, originadas por aquella guerra, es igualmente justo resolver su situación con respecto a su antiguo Litoral del que quedó privada a consecuencia del mismo conflicto armado. Resulta así que el “problema del Pacífico” no se limita a Tacna y Arica, sino que abarca también la cuestión portuaria de Bolivia, y mientras no se resuelva en su integralidad, no podrá decirse que hayan desaparecido los resentimientos dejados por la guerra de 1879.

Fué, sin duda, una circunstancia desgraciada el que los aliados en la guerra del Pacífico (Bolivia y Perú) se hayan visto obligados a negociar por separado con el vencedor de ambos. La paz por separado dió origen a dos tratados distintos: el Tratado de Paz entre Chile y Perú, de 20 de Octubre de 1883, conocido como “Tratado de Ancón”, y el Tratado de Tregua, de 1884, completado con el Tratado de Paz entre Chile y Bolivia, de 20 de Octubre de 1904. Como consecuencia de estos convenios, surgieron dos cuestiones internacionales: la de Tacna y Arica y la del Litoral Boliviano, territorios que fueron todos ocupados por Chile vencedor.

Después de 30 años de negociaciones infructuosas, asistimos hoy al feliz desenlace de la cuestión de Tacna y Arica, pero queda en pie la aspiración de Bolivia de readquirir su antiguo Litoral o, por lo menos, una buena salida al Pacífico. La trascendencia de este asunto para la paz futura de esta parte del Continente, es innegable, porque un pueblo desesperado puede llegar a los mayores extremos cuando se compenetra de la injusticia que pesa sobre él.

En Bolivia el problema portuario es una cuestión nacional

Conozco, señoras y señores, lo difícil que resulta tratar asuntos de actualidad internacional, cuando están de por medio intereses que afectan a pueblos vecinos y hermanos. Podría dejarme guiar por el adagio latino “res inter alios acta” y dar aquí por terminada mi conferencia. Sería, sin embargo, cerrar los ojos a la evidencia. El problema portuario de Bolivia no es un simple incidente pasajero: es toda una cuestión nacional boliviana, una vieja cuestión, una especie de irredentismo sudamericano, análogo al de Alsacia y Lorena, al de Trieste y Trento. Con silenciarlo, con no tratarlo, no se conseguiría hacerlo desaparecer. Considero que ninguna contienda internacional, por remoto que sea su escenario, puede considerarse en los tiempos actuales como “inter alios”; se puede ser prescindente, pero no indiferente, especialmente cuando se trata de países que merecen nuestros votos más fervientes de felicidad y prosperidad. Por otra parte, yo no represento más que mis propias opiniones, que son las de un profesor acostumbrado a estudiar en una forma técnica, imparcial y objetiva.

El pueblo de Bolivia se considera víctima de una injusticia histórica. Hace algunos años recibí una obra en una de cuyas páginas encontré los siguientes párrafos sobre el malestar boliviano:

“Desde que la soberanía boliviana fué alejada del mar, huyó
“ la esperanza del alma de sus generaciones, ofreciendo al mundo
“ el espectáculo de un pueblo mártir. Así lo demuestran los
“ factores de su vida social, la historia de su política y el es-
“ tado de su fortuna, como consecuencias inmediatas al aisla-
“ miento que sufre en el corazón de los Andes. . . Cercada por
“ sus vecinos, la inmigración no llega nunca y su población se
“ mantiene estacionada. . . Políticamente, Bolivia ha pasado a

“ser eso que llaman *zona de influencia* o país *demi-souverain*” (1).

Estos conceptos pesimistas despertaron mi curiosidad. ¿Cómo, me decía yo, hay en nuestra vecindad una nación mártir? ¿Existe en la América meridional un Estado semi-soberano, que sirve a otros de zona de influencia? Resistíame a creerlo y me puse a estudiar los antecedentes en diversas fuentes, para evitar todo criterio unilateral o exageradamente partidista. Con tal motivo, llegué a leer las obras y escritos de los autores bolivianos, Daniel S. Bustamante, Eliodoro Villazón, Daniel Salamanca, Eduardo Diez de Medina, Carlos Víctor Aramayo, Alberto Gutiérrez, Vicente Mendoza López, Luis Mendoza y Saravia, Jaime Mendoza, Arturo Pinto Escalier, Zambrana, Zenteno, Adolfo Laguna y otros cuyos nombres no recuerdo en este instante. Consulté también las publicaciones chilenas de Conrado Ríos Gallardo, Gonzalo Bulnes, Luis Barros Borgoño, general Cabrera. Leí referencias en los escritos peruanos de los señores Maurtua, Belaunde, César Antonio Ugarte. Busqué noticias bibliográficas en fuentes norteamericanas, donde hallé las opiniones de los senadores Lodge, Cader, Fletcher, Walsh, Griffin, Lee, así como los pareceres de los profesores estadounidenses Geiser, Graham, Woolsey, Feemster, Varney, Judson, Babcock, Chapman, Peck, Hart, Levermore y otros maestros de relieve. Consulté asimismo las opiniones que sobre la guerra del Pacífico y la cuestión portuaria de Bolivia han emitido, entre nosotros, Juan B. Alberdi, Roque Sáenz Peña, Estanislao S. Zeballos, Antonio Bermejo, José León Suárez, Jaime W. Molins, Vero Andino.

La mayoría de estos escritores y hombres públicos simpatizan con la aspiración boliviana de obtener una salida propia al Pacífico.

(1) **Vicente Mendoza López**, *El Litoral de Bolivia ante el derecho internacional*, La Paz, 1924; páginas 5 y 6.

El Litoral Boliviano antes de la guerra del Pacífico

Por la guerra de 1879, Bolivia quedó privada de sus costas en el Pacífico.

Antes de 1879, tenía un Litoral en la provincia de Atacama, con 4 puertos principales en Tocopilla, Antofagasta, Cobija y Mejillones. Además, poseía 7 caletas que eran: Gatico, Guanillos, Michilla, Tames, Gualaguala, Cobre y Paquica. Había en el Litoral una población de 32.000 habitantes.

Debe tenerse presente, para la mejor ubicación geográfica del conflicto, que al norte de Antofagasta, se hallaban las provincias peruanas de Tarapacá, Arica y Tacna.

El Pacto de Tregua de 1884 y el Tratado de Paz de 1904

Por el Pacto de Tregua, de 4 de Abril de 1884, Chile quedó en posesión "de facto" del Litoral de Bolivia, comprendido entre el grado 23° y la desembocadura del río Loa en el Pacífico, y por el Tratado de Paz de 20 de Octubre de 1904, Bolivia cedió a Chile todo su Litoral; en cambio, Chile se comprometió a construir un ferrocarril que uniese Arica con La Paz, entregó a Bolivia una suma de 300.000 libras esterlinas, y se hizo cargo de las deudas del Litoral. Bolivia quedó autorizada a hacer su comercio internacional por las aduanas chilenas, y celebró varios convenios de libre tránsito con los países circundantes.

Actualmente, Bolivia es la única república americana carente de una salida propia al mar; todas las demás poseen costas, menos el Paraguay, que asegura su comercio marítimo al través del río Paraguay.

¿Es indispensable un puerto para Bolivia?

Se ha preguntado a veces: ¿para qué necesita Bolivia un puerto propio, si en los puertos de Chile goza de franquicias aduaneras y las naciones circunvecinas le ofrecen el libre tránsito?

A esto contestan los bolivianos: la preocupación boliviana de conservar el Litoral legado por la Madre Patria, data desde los primeros años de la independencia. Para mantener sus costas, Bolivia ha gestionado la adquisición de Tarapacá, ha celebrado con el Perú el Tratado de Confederación, ha hecho sacrificios en la guerra que sobrevino después. Los bolivianos consideran la salida del Pacífico como cuestión de vida o muerte. Ninguna otra vía puede compensar aquella, ni aún en el caso de que Bolivia obtuviera una salida por el Paraguay al Atlántico; por cuanto el núcleo principal de su población y de su producción está concentrado en los departamentos de La Paz, Oruro, Cochabamba, Potosí y Chuquisaca, es decir, en la vertiente hacia el Pacífico. Ningún Tratado de libre tránsito ha logrado llenar las necesidades vitales de las comunicaciones de Bolivia con el resto del mundo.

El propósito decidido de obtener una salida al mar

Bolivia reclama una salida al Pacífico a la que se cree con derecho. En un Memorándum que su Ministro de Relaciones Exteriores, D. Daniel Sánchez Bustamante, dirigió el 22 de Abril de 1910 a Chile y al Perú, decía:

“Bolivia no puede vivir aislada del mar: ahora y siempre, en la medida de sus fuerzas, hará cuanto le sea posible para llegar a poseer por lo menos un puerto cómodo sobre el Pacífico, y no podrá resignarse jamás a la inacción cada vez que se agite este asunto de Tacna y Arica que compromete las bases mismas de su existencia. . . Bolivia formula, al dar este paso, su derecho inalienable a la vida, dentro de la solidaridad americana”.

Y en otro Memorándum boliviano dirigido el 1º de Marzo de 1920 a la cancillería del Perú, se lee:

“Ante la situación de enclaustramiento de Bolivia, no vacilo en decir que, si hay justicia en el mundo, mi país ha de adquirir una salida al mar. . . Cualquier juez del mundo tra-

“tará de mantener vivas las energías de los pueblos del orbe, “antes de contemplar impasible la asfixia de uno de ellos, dentro de un aislamiento mediterráneo desesperante”.

En una Circular del Ministerio de Relaciones Exteriores de Bolivia, de 3 de Marzo de 1923, se decía nuevamente, que Bolivia tiene la voluntad de “seguir ejercitando todos los procedimientos de honor, de paz y de derecho, que le permitan satisfacer un día la justicia que asiste a su causa”.

Ariquistas y Reivindicacionistas

Bolivia reclama una salida al Pacífico, pero, ¿por dónde?

Hay en Bolivia dos tendencias: una señala como puerto natural de salida el de Arica; la otra reclama la reivindicación del antiguo Litoral de Antofagasta, en todo o en parte. Los ariquistas preconizaron la adquisición de Tacna y Arica. Los reivindicacionistas dirigieron sus miradas a la Liga de las Naciones, pidiendo la revisión del Tratado chileno-boliviano de 1904.

La tesis ariquista

Los argumentos de los partidarios de Arica son, más o menos, los siguientes:

Tacna y Arica forman el “hinterland” del territorio de Bolivia, mientras que para Chile y el Perú sólo tienen un valor sentimental.

Dando estas provincias a Bolivia, se establecería entre Chile y el Perú una zona intermedia muy apropiada para el mantenimiento del equilibrio sudamericano.

Arica es el puerto natural de Bolivia, lo ha sido en todos los tiempos. Es la llave de su comercio y de su seguridad.

Arica nació como puerto dependiente del Alto Perú, en el siglo XVI, cuando el Virrey Francisco de Toledo lo creó para

servir de salida a la Audiencia de Charcas. Por eso los vecindarios de Tacna y Arica expresaron, en 1826 y 1836, su deseo de reincorporarse a Bolivia. Este asunto motivó un reclamo de Bolivia ante el Perú, que quedó pendiente, habiendo el Perú permanecido en posesión de Tacna y Arica hasta la guerra de 1879.

En una palabra: los ariquistas reivindicán Arica en virtud del “*uti possidetis*” de 1810.

La tesis reivindicacionista o irredentista

Los reivindicacionistas consideran la provincia de Antofagasta con su Litoral como tierras irredentas, que Chile ocupó por la fuerza a raíz de la guerra de 1879.

Es cierto—dicen ellos—que la cesión del Litoral boliviano se hizo mediante el Tratado de Paz de 20 de octubre de 1904, pero esa cesión fué una imposición del vencedor; del mismo modo que fué un acto de fuerza la anexión de Alsacia y Lorena a la Prusia, no obstante haberse realizado por el Tratado de Frankfort de 1871.

En las Instrucciones que dió a sus delegados a la primera Asamblea de la Liga de las Naciones, con fecha 21 de septiembre de 1920, Bolivia explica la situación, diciendo: “Entre vivir “siquiera lánguidamente o perecer por asfixia no hubo otro “camino que suscribir el pacto de 1904. El fué una imposición”.

Y la Memoria boliviana de Relaciones Exteriores del año 1923 añade: “El Pacto de Tregua fué un “nudo corredizo” pre-paratorio del Tratado de Paz de 1904. Este Tratado, Bolivia “lo suscribió por serle humanamente incontrastable, a causa de “la extenuación extrema que le produjo la guerra y el **dogal** del “Pacto de Tregua”.

El Tratado de Paz de 1904 fué ratificado por escasa mayoría en el Congreso de Bolivia. La opinión pública lo ha repudiado desde el primer momento. Un manifiesto de 4 de Febrero de 1905, suscrito por todos los universitarios de Cochabamba, atacó

de inconstitucional la cesión del Litoral boliviano, porque la soberanía es inalienable, y los asuntos que afectan la integridad territorial son de la competencia exclusiva de la Convención Nacional.

Esta clase de tratados — dicen los reivindicacionistas — son nulos: los tratados entre los Estados, al igual de los contratos entre los particulares, no valen cuando importan un renunciamiento a las condiciones esenciales de la vida o cuando son contrarios a la moral o a la dignidad. Ningún tratado es eterno, cuando menoscaba la vida y el desarrollo de una Nación, su independencia o su honor. En estos casos, da lugar a una acción revisoria o de rescisión; acción que es imprescindible e irrenunciable cuando está llamada a proteger el derecho a la vida. Tal es el Tratado de 1904, que ha cancelado la soberanía marítima que Bolivia ejerció desde su independencia hasta 1879.

Réplica chilena

A los argumentos de Bolivia responden los escritores chilenos: que el Tratado de 1904 no ha sido una imposición del vencedor, ya que fué celebrado 20 años después de cesar las hostilidades; Bolivia ha cedido libremente, y a título oneroso, su Litoral a Chile. Todos los Tratados de paz — dijo el delegado chileno, don Agustín Edwards, en la Segunda Asamblea de la Liga de las Naciones — se firman contra la voluntad de la otra parte. El Tratado de Versalles prescribe el respeto absoluto de los tratados internacionales. Si se admitiese que el Tratado chileno-boliviano de 1904 puede ser revisado, por haber sido impuesto, se podría pedir mañana la revisión del Tratado de Versalles y de Saint-Germain. Con la doctrina de Bolivia, habría que rehacer el mapa del mundo, todo el pasado.

¿Son revisables los tratados de paz?

Sobre revisión de tratados internacionales existía hasta el Tratado de Versalles el criterio del Protocolo de Londres de 17 de enero de 1871, celebrado a raíz de haber Rusia denunciado, por medio de un ukase, la servidumbre en el Mar Negro que le había sido impuesta por el Tratado de París de 1856. Quedó establecido en dicho Protocolo que la cláusula implícita "*rebus sic stantibus*" (que durará mientras duren las circunstancias), no autoriza a una de las partes contratantes a desligarse de un tratado sin término, por acto de su propia voluntad, sino de común acuerdo con la otra parte. Lo que significa, argumentando "a contrario", que una de las partes no puede desoir el pedido de la otra para proceder a la revisión del tratado, si ésta invoca la cláusula "*rebus sic stantibus*".

El Tratado de Versalles de 28 de junio de 1919 adoptó un criterio diferente en materia de revisión de tratados. Por el artículo 19 del Pacto de la Liga de las Naciones, la Asamblea puede invitar a los Estados miembros de la misma, a revisar sus tratados que se hayan hecho inaplicables o que sean susceptibles de poner en peligro la paz del mundo.

Según el Protocolo de Londres, basta un cambio fundamental de las circunstancias. Según el Tratado de Versalles, deben los tratados cuya revisión se solicita, hacerse inaplicables o producir una situación peligrosa para la paz, aunque fuera solamente entre dos países, porque en el sistema de la Liga, toda guerra interesa a la comunidad de las naciones.

Tanto con un criterio como con el otro, es lo cierto que no hay más tratados perpetuos. Sólo falta establecer, en cada caso, si tal tratado reúne o no las condiciones de hecho necesarias para ser revisado. Si las partes interesadas no pueden ponerse de acuerdo en cuanto a la realidad del hecho generador de la revisión, para eso están las Comisiones de Investigación y los demás medios de solución pacífica. Tal es, a mi modo de ver, la situación jurídica del caso planteado entre Chile y Bolivia.

El alma americana

Pero la revisión del Tratado de Paz de 1904 tiene otro aspecto no menos interesante. Según las prácticas europeas, las tierras irredentas (Alsacia y Lorena, Trento y Trieste, Polonia, Checoeslovaquia), arrebatadas por una guerra a su legítimo soberano, suelen ser devueltas por medio de otra guerra, o de una “revanche” por la fuerza. ¿Debe la América seguir el mismo camino, toda vez que reclame la devolución de un territorio perdido en una guerra? Creo firmemente que no. La mejor prueba está en la reciente solución de la cuestión de Tacna y Arica, que se llevó a cabo pacíficamente. Es, porque existe un alma americana, una mentalidad americana, que hace menos irreconciliables los choques de intereses entre las repúblicas americanas que entre los Estados no americanos. Hay una especie de instinto de fraternidad, casi diría la voz de la sangre común, que despierta los sentimientos dormidos de mutua simpatía y detiene a tiempo la lucha fratricida. Recuerdo la polémica que mantuve en la Quinta Conferencia Panamericana con el ilustre delegado de Chile a la misma, doctor Alejandro Alvarez, acerca de si existe o no un Derecho Internacional Americano, distinto al europeo. Creo haber rebatido con éxito todos sus argumentos para sostener, por mi parte, la inexistencia de tal derecho americano. Sin embargo, en el fondo de mi conciencia, me ha quedado una duda, una sola: no he podido desechar su argumento supremo, el de que existe un alma americana. La mentalidad y los sentimientos de América difieren, en materia internacional, de los que predominan en los demás Continentes y producen lo que nuestro Amancio Alcorta llamó “soluciones americanas”.

El alma americana se resiste a seguir el método europeo de la “revanche” guerrera. Tarde o temprano, prevalece el sentimiento fraternal que se traduce en renunciamientos mutuos, como en el caso de Tacna y Arica y como el porvenir próximo seguramente nos depara en el asunto portuario de Bolivia.

Las negociaciones portuarias en el período anterior al Tratado de 1904

Las gestiones de Bolivia para conservar o recuperar sus puertos fueron, unas anteriores al Tratado de Paz de 20 de octubre de 1904, y otras posteriores a este instrumento.

El eminente historiador y diplomático chileno, don Gonzalo Bulnes, refiere en su libro sobre la Guerra del Pacífico, que el Presidente de Chile Domingo Santa María, fué partidario en 1879, de la idea de "dar un respiradero y una puerta de calle a " Bolivia, colocándola entre el Perú y Chile, puesto que de otro " modo — dijo — la sofocaríamos y la compeleríamos a buscar " anexiones con el Perú o la República Argentina". Añade Bulnes, que Santa María tuvo la intención de adjudicar Tacna y Arica a Bolivia; idea sugerida igualmente por el delegado del Perú don Antonio Lavalle, en las negociaciones preliminares del Tratado de Ancón.

Durante la negociación del Pacto de Tregua de 1884 entre Chile y Bolivia, los Plenipotenciarios bolivianos pidieron la transferencia de Arica, pero los delegados de Chile invocaron el artículo 3º del Tratado de Ancón, que condicionaba la soberanía de Chile en Arica al resultado del plebiscito.

El Pacto de Tregua dejó *de facto* el Litoral Boliviano en poder de Chile, esperando la firma del Tratado definitivo de Paz. Así transcurrieron 20 años.

En 1895-1896, Bolivia celebró con Chile varios Tratados y Protocolos, por los cuales Chile se comprometía a transferir a Bolivia las provincias de Tacna y Arica, si el plebiscito le resultara favorable. Bolivia, en este caso, abonaría a Chile una suma de 5 millones. Decíase en el Tratado de 18 de mayo de 1895 que, si Chile no fuera favorecido por el plebiscito, concedería de cualquier manera a Bolivia la coleta de Vítor u otra apropiada para establecer un cómodo puerto; además, pagaría a Bolivia 5 millones. Este Tratado fué ratificado tanto por el Congreso de

Bolivia como por el Congreso de Chile. Después se firmó el Protocolo Adicional de 30 de abril de 1896, que señalaba las condiciones que reuniría el futuro puerto. Este último documento encontró oposición en Chile, y así fracasó toda la gestión que aseguraba un puerto a Bolivia.

Algunos años después, o sea el 13 de agosto de 1900, se reabrió la negociación, pero Chile se limitó a ofrecer a Bolivia, no un puerto en compensación de su antiguo Litoral, sino algunas ventajas económicas o de orden pecuniario: construcción de un ferrocarril, pago a los acreedores bolivianos. Fué portador de estas nuevas condiciones el Ministro chileno en La Paz, don Abraham König. Este diplomático sostuvo, sin ambages, que “Chile ha ocupado el Litoral y se ha apoderado de él, “ con el mismo título con que Alemania anexó al imperio Alsacia y Lorena, con el mismo título con que Estados Unidos de “ la América del Norte han tomado a Puerto Rico. Nuestros “ derechos nacen de la victoria, la ley suprema de las naciones... “ Bolivia fué vencida, no tenía con qué pagar y entregó el Lito- “ ral... Chile no debe nada, no está obligado a nada, mucho “ menos a la cesión de una zona de terreno y de un puerto...”

¡Pensar que esto lo decía casi en el mismo momento en que la Primera Conferencia Panamericana, reunida en Wáshington, declaraba el repudio absoluto de las guerras de conquista!

¡Qué diferencia con la Doctrina de Drago, lanzada al mundo dos años después, para proteger a las naciones débiles!

Hay que decir, en honor a la verdad, que Chile no se hizo solidario con la destemplanza de König. Por Circular de 30 de septiembre de 1900 explicó las cosas dignamente, diciendo que, por haber obtenido del Perú la posesión de la provincia de Tarapacá, no podía abandonar Antofagasta en poder de Bolivia, porque eso rompería la continuidad de su propio territorio. Por ello y por la necesidad de obtener una buena indemnización de guerra, no podía devolver el Litoral Boliviano.

Como quiera que sea, bajo tales perspectivas, se negoció la paz definitiva, y por el Tratado de 20 de octubre de 1904

Bolivia cedió a Chile el Litoral de Antofagasta. Antes, intentó obtener los Buenos Oficios de Estados Unidos, pero Mr. Hay expresó su absoluta prescindencia en este asunto.

Las negociaciones portuarias posteriores al Tratado de 1904

Así quedaron las cosas hasta el año 1910, en que Bolivia inició una gestión ante el Perú y Chile, solicitando la cesión de Tacna y Arica o, al menos, del puerto de Arica, mediante compensaciones. Invocó Bolivia, en esa ocasión, la vecindad de Tacna y Arica a su territorio, la imprescindible necesidad en que se halla de poseer una salida al mar, la tradición que señala a Arica como puerto natural de Bolivia.

Al Memorándum Boliviano, subscripto por D. Daniel Sánchez Bustamante, contestó el Perú que “no sería difícil encontrar fórmulas de acuerdo, *siempre que la provincia de Tacna perteneciese incuestionablemente al Perú*”.

Antes de estallar la guerra europea, hubo algunos *pourparlers* en Santiago, durante la visita extraoficial de don Ismael Montes. Expresó éste la conveniencia de adjudicar Arica a Bolivia, lo que facilitaría — dijo — el estrechamiento de los vínculos de Chile, Perú y Bolivia al Sur; otro tanto convendría establecer entre Ecuador, Venezuela y Colombia, al Norte; entre Argentina, Paraguay, Uruguay y Brasil, en las costas del Atlántico. Las conversaciones no pasaron de ahí.

El apostolado de Wilson

En las postrimerías de la conflagración europea, apareció la figura apostólica de Wilson, cuyas doctrinas vinieron a calmar las ansias de un mundo exhausto y ávido de una vida mejor. Bajo su palabra mágica, todos los pueblos, víctimas de alguna injusticia histórica, acudieron a la Conferencia de París de 1919

en demanda de reparación y de justicia. A semejanza de los tiempos bíblicos en que acudieron a Jesús hebreos, griegos, egipcios, hindúes, romanos; fueron a París delegaciones de Polonia, Letonia, Latvia, Lituania, Finlandia, Checoeslovaquia, húngaros, armenios, judíos, sirios, llevándole cada cual sus reivindicaciones contra su opresor.

Los “Catorce Puntos” de Wilson parecieron otros tantos Mandamientos nuevos, capaces de redimir a la humanidad doliente. El punto 8 fustigaba las anexiones violentas, diciendo: “El perjuicio ocasionado a Francia por la Prusia en 1871, en lo que concierne a Alsacia y Lorena, perjuicio que perturba la paz del mundo desde hace 50 años, deberá ser reparado como segura garantía de paz y en interés de todos”. Los puntos 10 y 13 reclamaban para Serbia y para Polonia *el libre acceso al mar*. Con ello Wilson no hacía sino aplicar el pensamiento ya expresado en su discurso de 22 de enero de 1917, ante el Senado norteamericano, cuando dijo: “Deberá asegurarse, en tanto como sea posible, a cada uno de los pueblos que luchan actualmente por el libre desenvolvimiento de sus medios y de su fuerza, *un acceso directo a las grandes vías de comunicación al mar* . . .”

Estas ideas fueron realizadas, en parte, por el Tratado de Versalles al devolver Alsacia y Lorena a Francia y al establecer, a favor del nuevo Estado de Polonia, un “corredor” a través de la Prusia Oriental, que le asegura una salida libre al Báltico por el puerto de Dantzig.

La fórmula de Poincaré: “Devolver a cada cual lo suyo”

Las esperanzas de los pueblos afligidos se acrecentaron aún más cuando conocieron las ideas de Poincaré, de Lloyd George y de otros prohombres europeos. En la Conferencia de París, Poincaré pidió justicia para todos los problemas pendientes, territoriales, financieros y económicos; “restituciones y reparaciones para los pueblos o para los individuos que han sido despo-

jados y maltratados”; “*es necesario* — dijo — *devolver a cada cual lo suyo*”. En la sesión de 29 de enero de 1919, Wilson extendió estas promesas a todos los pueblos del mundo: “Una sola causa — dijo — interesa al terminar la guerra: es la causa de la justicia y de la libertad para los *hombres de todas las razas y de todas las patrias*”.

¡Cuántas ilusiones se forjaron los pueblos en presencia de promesas tan evangélicas! Pero los ensueños de Wilson tropezaron con el realismo de sus propios conciudadanos, los que desautorizaron su Liga de las Naciones y, de este modo, del organismo destinado a asegurar la felicidad de todas las patrias, hoy no queda más que el espectro.

Gestión de Bolivia y Perú ante la Liga de las Naciones

Pero en aquellos días memorables, cuando el mundo vivió momentos de sinceridad y arrepentimiento, no fué aventurada la gestión emprendida por las naciones oprimidas. Bolivia también creyó llegado el momento de la justicia y, conjuntamente con el Perú, se presentaron ante la Primera Asamblea de la Liga de las Naciones, pidiendo que se invitara a Chile a revisar los Tratados de 1883 y 1904, relativos a Tarapacá y al Litoral Boliviano.

Un poco antes, la Legación de Bolivia en Francia, a cargo de D. Ismael Montes, presentó un Memorándum al Quai d'Orsay, haciendo una petición para que se reconozca a Bolivia su mejor derecho a las provincias de Tacna y Arica; pero en 1920 estalló una revolución en Bolivia, y el nuevo Gobierno se declaró partidario de la reivindicación del antiguo Litoral. En cumplimiento de sus instrucciones, la delegación boliviana ante la Primera Asamblea de la Liga solicitó, por nota de 1º de noviembre de 1920, la revisión del Tratado de 1904, por haberse hecho inaplicable y constituir una amenaza para la paz de América. Esta petición se hizo en virtud del artículo 19 del Pacto.

El delegado peruano, señor Cornejo, apoyó la petición de Bolivia y solicitó a su vez la revisión del Tratado de Ancón, que arrebató al Perú la provincia de Tarapacá. La nota del Perú decía que “presentaba esta demanda de acuerdo con Bolivia, “estando ambas partes ligadas por su origen histórico y por la “naturaleza de este asunto”. Sin embargo, la cancillería de Lima se apresuró a retirar su demanda.

La delegación de Chile, presidida por el señor Huneeus, se opuso a que se diera curso a la demanda de Bolivia, alegando que la Liga era incompetente para revisar los Tratados de Paz. Negó igualmente que el Tratado de 1904 hubiera sido impuesto por la fuerza, ni que fuera inaplicable, y mucho menos que amenazara la paz del mundo.

La consideración de este asunto fué postergada hasta la próxima Asamblea, con el consentimiento de Bolivia misma.

He presenciado personalmente los esfuerzos desesperados de los delegados de Bolivia en busca de apoyo de las demás delegaciones europeas y americanas. La mayoría de éstas se atrincheraron en la consabida prescindencia. Por momentos llegué a dudar de la solidaridad latino-americana, pero no me cabía duda alguna de que la Liga no estaba dispuesta a ocuparse de países tan lejanos como el Perú, Bolivia o Chile, cuando tenía tantos otros problemas a resolver, derivados de la conflagración.

La cuestión de Bolivia fué llevada ante la Segunda Asamblea, reunida en 1921. La excepción de incompetencia, mantenida por el nuevo delegado de Chile señor Edwards, pasó a estudio de un Comité de juristas, para que diera una interpretación auténtica al artículo 19 del Pacto. El Comité formado por Manuel Peralta (Costa Rica), Vittorio Scialoja (Italia) y Struycken (Holanda), se pronunció el 21 de septiembre de 1921. Con una sutileza abogadil, visiblemente destinada a ganar tiempo, expresó: “que tal como ha sido presentada, la demanda de Bolivia es inadmisibile; porque la Asamblea de la “Liga de las Naciones no puede modificar por sí misma ningún “pacto y porque la revisión de los tratados es de la sola competencia de los Estados contratantes; que aunque el Pacto

“ establece el escrupuloso respeto de las relaciones recíprocas
“ de los Estados organizados, sólo atribuye a la Asamblea por
“ virtud del artículo 19 la facultad de *invitar* a los miembros de
“ la Liga a proceder a una nueva investigación de ciertos trata-
“ dos o de ciertas situaciones internacionales; que semejante
“ invitación sólo puede hacerse en los casos en que los tratados
“ se han hecho *inaplicables*, es decir, cuando el estado de cosas
“ existente en el momento de firmarse ha sufrido con el tiempo
“ cambios morales o materiales de naturaleza tan radical que su
“ aplicación está fuera de toda posibilidad razonable; o bien en
“ aquellos casos en que la situación internacional creada en vir-
“ tud del tratado pueda poner en peligro la *paz del mundo*; que
“ en el presente caso, la Asamblea tendría que asegurarse de si
“ una de esas circunstancias se presenta a su examen” (1)

En conocimiento del dictamen, el delegado de Bolivia don Carlos Víctor Aramayo, en nota de 28 de septiembre, expresó que su país no pedía la revisión inmediata, sino el nombramiento de una Comisión investigadora. “Bolivia — dijo — ha sopor-
“ tado durante medio siglo el peso de la derrota. Mi país se ha
“ visto reducido a un estado de semidependencia como resultado
“ de una guerra que jamás había provocado . . . No puede espe-
“ rarse una paz duradera en el continente sudamericano mien-
“ tras subsista la situación actual . . . No llego a concebir que
“ esta Asamblea pueda lógicamente dudar de su competencia
“ en la materia, pues tal actitud equivaldría a negar la razón de
“ su propia existencia”.

No hubo caso. ¡Por poco la Liga no le dice a Bolivia que, para ser competente, se requiere un derramamiento efectivo de sangre y no un peligro eventual!

(1) Este dictamen quedó como simple opinión académica, pues no tuvo ocasión de ser tratado por la II Asamblea. En cambio, la Xª Asamblea reunida en 1929, acaba de dar una interpretación amplia al artículo 19, con motivo de una petición de la China, para que sean revisados sus antiguos tratados de extra-territorialidad. La aceptación del pedido chino es un antecedente valioso para la causa de Bolivia en el Pacífico.— (Nota del Editor).

Entretanto, comenzaron las insinuaciones diplomáticas para inducir a Chile y Bolivia a entablar una negociación directa, en la seguridad de que las puertas de la Liga siempre les quedarán abiertas. Así lo hizo Bolivia.

La negociación directa

La sugestión de conducir la negociación hacia una solución directa, determinó en 1923 el envío de la Misión Jaimes Freyre a Chile, para pedir la revisión del Tratado de 1904. Pero el Gobierno Chileno se negó a revisarlo, ofreciéndose en cambio a escuchar proposiciones para celebrar un nuevo arreglo, "*sin interrumpir la continuidad del territorio chileno*" y mediante compensaciones.

Tercería de Bolivia ante el árbitro de Tacna y Arica

Cerrada la negociación directa, Bolivia golpeó a las puertas de la Casa Blanca, cuando el ex Presidente de Estados Unidos Mr. Warren G. Harding asumió el papel de Arbitro, en virtud del Protocolo chileno-peruano de 1922. Pero el árbitro no admitió la tercería de Bolivia, aduciendo que la cuestión se refería al cumplimiento del Tratado de Ancón en el cual Bolivia no era parte contratante. Cuando el Presidente Coolidge dictó su Laudo Arbitral de 4 de marzo de 1925 y en vista de que ni el general Pershing ni el almirante Lassiter pudieron llevar a buen término el plebiscito, Bolivia pidió una vez más que se la admitiera como parte para el arreglo que se tramitaba en Wáshington con los Buenos Oficios del Presidente de Estados Unidos.

La proposición de Kellogg

Hubo un instante de gran satisfacción en Bolivia. Fué cuando el Secretario de Estado de Estados Unidos, Mr. Frank B. Kellogg, por Memorándum de 30 de noviembre de 1926, co-

municó a Chile, Perú y Bolivia que él no hallaba otra solución honorable al asunto chileno-peruano, que la transferencia de Tacna y Arica a Bolivia, mediante una adecuada compensación a Chile y al Perú. La dificultad del Morro de Arica se allanaría desmantelándolo, y se neutralizaría todo el territorio de las dos provincias así transferidas.

Bolivia aceptó la proposición de Kellogg, no obstante que la neutralización de Tacna y Arica habría cercenado sus futuros derechos de soberanía en esas provincias.

Promesas chilenas y peruanas

Chile dió muestras de magnanimidad, en aras de la solidaridad americana y, por su parte, se allanó a ceder sus derechos sobre Tacna y Arica a favor de Bolivia. Con tal motivo expresó, en nota a Kellogg de 4 de diciembre de 1926, que ya anteriormente, cuando en la Conferencia de Wáshington se insinuó dividir Tacna y Arica entre Chile y Perú, ha expresado Chile *“la idea de conceder una faja de territorio y un puerto a la nación bolivia”*, pero que esta idea no fué acogida por el Perú. Añadía Chile en su nota, que una vez definida la posesión definitiva de Tacna y Arica, *“el Gobierno de Chile haría honor a sus declaraciones en orden a considerar las aspiraciones bolivianas”*.

El Perú contestó a Kellogg, el 11 de enero de 1927, que no estaba dispuesto a entregar sus derechos sobre Tacna y Arica a Bolivia, mucho menos a título oneroso, porque el honor nacional está fuera del comercio; pero que el Perú, en aras del americanismo, vería de entregar *“la zona al sur de Azpa para que en ella se diera un puerto a Bolivia”*.

Otra solución que admitiría el Perú, según esa nota, sería entregar la provincia de Tacna y el puerto y Morro de Arica al Perú, y *dividir el resto de Arica entre Bolivia y Chile al sur de Azpa*.

La solución de Tacna y Arica y la aspiración boliviana

Así, tanto Chile como el Perú, expresaron al Presidente de Estados Unidos su propósito de satisfacer las aspiraciones de Bolivia para obtener una salida al Pacífico, al través de la provincia de Arica. Sólo que Chile no hizo hincapié en el puerto de Arica, mientras que el Perú ofrecía un puerto al sur de Azpa, quedándose con el Morro y el puerto de Arica.

Pero el Tratado de 3 de junio de 1929 adjudicó Tacna al Perú y Arica a Chile. En el puerto de Arica, Perú tendrá su propio malecón y su aduana. El Morro será desmilitarizado. De Bolivia, no dice una palabra. Hay más bien un compromiso de no tratar por separado con Bolivia (Protocolo complementario).

¿Cómo podría resolverse integralmente el problema del Pacífico?

He tratado de compendiar, en la forma más concisa posible, los distintos aspectos del problema del Pacífico. Sería de mi parte una vana jactancia, si pretendiese señalar los rumbos a seguir en una cuestión tan compleja. Sólo debo concretarme a la faz técnica del asunto y ver si existen elementos honorables de solución dentro de los antecedentes diplomáticos arriba citados y a la luz de los principios generales del Derecho de Gentes. Desde este punto de vista, y sin la pretensión de aconsejar a nadie, yo no alcanzo a ver sino los siguientes medios de solución:

Primero.—La negociación directa entre Bolivia, por un lado, y Chile y el Perú por el otro. Después del Protocolo complementario del 3 de junio de 1929, ya no es posible tratar separadamente, ni con Chile ni con el Perú. De este modo, la naturaleza vuelve por sus fueros: el problema del Pacífico ha sido tripartito; nació entre tres potencias y debe terminar entre tres potencias.

A mí me parece que las declaraciones hechas por Chile y el Perú, en sus notas de 4 de diciembre de 1926 y 12 de enero de 1927 a Mr. Kellogg, constituyen un compromiso moral de conceder a Bolivia una salida al Pacífico al través de la provincia de Arica.

Si, en esa ocasión, Chile estuvo dispuesto a ceder a Bolivia toda Tacna y Arica, y si en la misma ocasión el Perú estuvo conforme con dividir la provincia de Arica entre Chile y Bolivia, no veo la razón por la cual no pudieran convenir hoy en ceder a Bolivia, por lo menos, un “corredor” que termine en el puerto de Arica que, históricamente, es el puerto natural de Bolivia.

La concesión de un corredor o de una zona, no es una novedad en las relaciones modernas: ya existe el corredor polaco a través de la Prusia Oriental que va a desembocar en Dantzig; existe, también, la “zona del Canal de Panamá”. Es cierto que el régimen de Dantzig no podría trasplantarse tal cual es a esta parte de América, porque Dantzig es una ciudad libre, colocada bajo la protección de la Liga de las Naciones. Nada de eso tendría cabida quizás en América, a causa de la doctrina de Monroe. A lo sumo, podría exigirse al que resultare soberano del puerto de Arica, la no fortificación de su Morro histórico, tal como ya lo tienen establecido Chile y Perú en su reciente Tratado.

Entregando una zona en el límite nuevo de Chile y Perú, desaparecería el argumento tantas veces invocado por Chile, esto es, el temor de ver quebrada la continuidad de su territorio nacional, ya que la futura zona boliviana se ubicaría al norte de Chile y al sur del Perú.

Y así como Chile y el Perú se repartieron por vía de transacción las provincias de Tacna y Arica, así también sería un acto de equidad y de justicia que el futuro territorio de la zona boliviana se formara por cesión hecha, en partes iguales, por Chile y el Perú. Para facilitar la transacción, podría el Perú reservarse el derecho de construir en la bahía de Arica el malecón, la aduana y la estación ferroviaria, a que se hace referencia en el arreglo chileno-peruano de 3 de junio de 1929.

Creo que esta solución tripartita es la que más se aproxima a las declaraciones de diversa índole hechas por los Gobiernos de los países en litigio durante la larga tramitación diplomática del problema del Pacífico. Las declaraciones oficiales no tienen la fuerza obligatoria de los tratados internacionales, pero comprometen la seriedad estadual ante la conciencia jurídica de la humanidad.

Segundo.—Si la negociación directa fracasara, siempre quedarían abiertos los medios jurídicos de solución. a) Podría intentarse una nueva petición ante la Asamblea o el Consejo de la Liga de las Naciones; no ya sobre la base transaccional arriba señalada, sino en virtud del artículo 19 del Pacto. El ambiente actual de Ginebra es mucho más sereno que el del año 1920 ⁽¹⁾ y, si en aquel entonces, la Asamblea creyó que la “paz del mundo” no se consideraba perturbada sino con un derramamiento *efectivo* de sangre, tal vez se conforme hoy con la simple perspectiva de un conflicto futuro y trate de suprimir, no ya la guerra, sino las causas que puedan conducir a ella. Ginebra es la tribuna de la opinión pública mundial. No hay porqué temer una derrota diplomática en la Liga de las Naciones. A veces una derrota en Ginebra puede significar un triunfo moral en que la opinión de las masas populares acompaña con su ingénita simpatía al aparentemente vencido. Véase sino la repercusión mundial que tuvo el gesto argentino de 1920.

b) Quedan abiertas también las puertas de la Corte Permanente de Justicia Internacional, cuyo estatuto le atribuye la competencia necesaria para entender en “todo punto de derecho internacional” (artículo 36). La Corte podría resolver, como artículo previo, la competencia de la Asamblea o del Consejo de la Liga de las Naciones, para disponer la revisión del Tratado

(1) Lo demuestra el hecho, significativo por demás, de que la Xª Asamblea que acaba de clausurar sus sesiones, haya hecho lugar a la petición de la China, de que sean revisados sus tratados desiguales relativos a las capitulaciones. Si la China obtuvo justicia, ¿por qué no podrá haber mañana una reivindicación unánime para Bolivia?—(Nota del Editor).

de Paz de 20 de octubre de 1904. Compete igualmente a la Corte pronunciarse sobre la interpretación o violación de cualquier tratado internacional entre Estados que hayan adoptado el Protocolo de 1920 relativo a la Cláusula Facultativa del estatuto de la Corte.

c) Puede intentarse asimismo la Mediación de cualquier potencia amiga, o una Mediación conjunta. Más ventajosa me parece la Mediación que los Buenos Oficios o que el sistema de los “Veedores”.

Tercero.—¿Y si los accesos al templo de la justicia internacional se obstruyeran? — No puedo creerlo. América es un hemisferio de paz. En este Continente no cabe la política de la “revanche”. Tarde o temprano triunfarán el alma americana, la mentalidad americana, la piedad americana, simbolizadas ya en el Cristo de los Andes y que mañana fulgurará seguramente en el Cristo de Arica. En América, la paz no será nunca una paz de tumba, sino una paz basada en la justicia, para la cual “*dar a cada cual lo suyo*” es — como dijo Poincaré — “*devolver a cada cual lo suyo*”.

He dicho.

